

I. El olvido de nombres propios¹

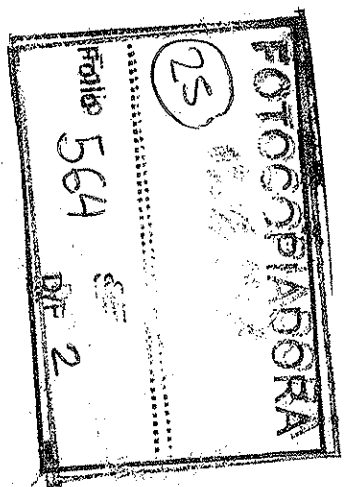
En el volumen de *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie* de 1898 he publicado, con el título de «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria»,² un breve ensayo cuyo contenido he de recapitular aquí, tomándolo como punto de partida para ulteriores elucidaciones. En ese trabajo sometí al análisis psicológico, en un sugestivo ejemplo observado en mí mismo, el frecuente caso del olvido temporario de nombres propios, y llegué a la conclusión de que ese episodio, trivial y de escasa importancia práctica, de un caso de una función psíquica —el recordar—, admite un esclarecimiento que rebasa considerablemente la valoración usual del fenómeno.

Si no me equivoco mucho, un psicólogo a quien se le demandara explicar por qué tan a menudo no se nos ocurre cierto nombre que empero creemos conocer, se conformaría con responder que los nombres propios sucumben al olvido más que otros contenidos de la memoria. Y aduciría las verosímiles razones de tal proclividad de los nombres propios, sin conjeturar ningún condicionamiento de otro alcance para ese hecho.

La ocasión que me indujo a considerar en profundidad este fenómeno del olvido temporario de nombres fue observar ciertos detalles que, si bien no se presentaban en todos los casos, en algunos se disciernen con bastante nitidez: en estos últimos no sólo se produce un *olvido*, sino un *recuerdo falso*. En el empeño por recuperar un nombre así, que a uno se le va de la memoria, acuden a la conciencia otros —*nombres sustitutos*—, y estos, aunque discernidos enseguida como incorrectos, una y otra vez toman a imponerse con gran tenacidad. El proceso destinado a reproducir el nombre que se busca se ha *desplazado* (descitrado), por así decir, llevando de tal suerte hasta un sustituto incorrecto. Pues bien, mi premisa es que tal desplazamiento no es dejado al libre albedrío psíquico, sino que obedece a unas vías {*Bahn*}

¹ [Aparte de unas pocas modificaciones que más adelante se consignan, este capítulo data de 1901.]
² [Freud, 1898b.]

Psicopatología de la vida 2 Continuar
Tomo VI
cap I.



25 F564

calculables y ajustadas a ley. Con otras palabras: conjeturo que el nombre o los nombres sustitutos mantienen un nexo perseguible con el nombre buscado, y espero que, si consigo rastrear ese nexo, habré de arrojar luz también sobre el proceso del olvido de nombres.

En el ejemplo que en 1898 escogí para analizar, me empeñaba yo vanamente en recordar el nombre del maestro de cuya mano proceden, en la catedral de Orvieto, los grandiosos frescos sobre las «cosas últimas».³ En lugar del buscado —*Signorelli*— se me imponían otros dos nombres de pintores —*Botticelli* y *Boltraffio*—, que enseguida y de manera terminante mi juicio rechazaba por incorrectos. Cuando otra persona hubo de comunicarme el nombre verdadero, lo discerní al punto y sin vacilar. La indagación de los influjos y los caminos asociativos por los cuales la reproducción se había desplazado de aquella manera —desde *Signorelli* hasta *Botticelli* y *Boltraffio*—, me condujo a las siguientes conclusiones:

a. La razón de que se me pasara de la memoria el nombre de *Signorelli* no debe buscarse en una particularidad del nombre como tal, ni en un carácter psicológico del nexo en que se insertaba. El nombre olvidado me era tan familiar como uno de los nombres sustitutos —*Botticelli*—, y mucho más que el otro —*Boltraffio*—, de cuyo portador apenas sabía indicar otra cosa que su pertenencia a la escuela de Milán. Y en cuanto al nexo dentro del cual sucedió el olvido, me parece inocente y no produce un ulterior esclarecimiento: Viajaba yo en coche con un extraño desde Ragusa, en Dalmacia, hacia una estación de *Herzegovina*; durante el viaje dimos en platicar sobre Italia, y yo pregunté a mi compañero si ya había estado en Orvieto y contemplado allí los famosos frescos de X.

b. Esté olvido de nombre sólo se explica al recordar yo el tema inmediatamente anterior de aquella plática, y se da a conocer como una *perturbación del nuevo tema que emerge por el precedente*. Poco antes de preguntarle a mi compañero de viaje si ya había estado en Orvieto, conversábamos acerca de las costumbres de los turcos que viven en *Bosnia* y en *Herzegovina*. Yo le había contado lo que me dijera un colega que ejerció entre esa gente, y era que suelen mostrar total confianza en el médico y total resignación ante el destino. Cuando es forzoso anunciarles que el enfer-

³ [Las cuatro «cosas últimas» son la Muerte, el Enjuiciamiento, el Cielo y el Infierno.]

mo no tiene cura, ellos responden: «*Herr* {señor}, no hay nada más que decir. ¡Yo sé que si se lo pudiera salvar, lo habría salvado!». — En estas frases ya se encuentran las palabras y nombres: *Bosnia*, *Herzegovina*, *Herr*, que se pueden intercalar en una serie asociativa entre *Signorelli* y *Botticelli* — *Boltraffio*.

c. Supongo que la serie de pensamiento sobre las costumbres de los turcos en *Bosnia*, etc., cobró la capacidad de perturbar un pensamiento siguiente porque yo había sustituido mi atención de ella antes que concluyera. Lo recuerdo bien; quería yo contar una segunda anécdota que en mi memoria descansaba próxima a la primera. Estos turcos estiman el goce sexual por sobre todo, y en caso de achaques sexuales caen en un estado de desesperación que ofrece un extraño contraste con su resignada actitud ante la proximidad de la muerte. Uno de los pacientes de mi colega le había dicho cierta vez: «Sabes tú, *Herr*, cuando *eso* ya no ande, la vida perderá todo valor». Yo sofoqué la comunicación de ese rasgo característico por no querer tocar ese tema⁴ en plática con un extraño. Pero hice algo más: desvié mi atención también de la prosecución de estos pensamientos, que habrían podido anudarse al tema «muerte y sexualidad». Estaba por entonces bajo el continuado efecto de una noticia que había recibido pocas semanas antes, durante una breve residencia en *Trafoi*.⁵ Un paciente que me importaba mucho había puesto fin a su vida a causa de una incurable perturbación sexual. Sé con precisión que en todo aquel viaje a *Herzegovina* no acudí a mi recuerdo conciente ese triste suceso, ni lo que con él se entramaba. Pero la coincidencia. *Trafoi* — *Boltraffio* me obliga a suponer que en aquel tiempo la reminiscencia de lo ocurrido con mi paciente, no obstante el deliberado desvío de mi atención, se procuró una acción eficiente dentro de mí.

d. Ya no puedo concebir el olvido del nombre de *Signorelli* como algo casual. Debo admitir el influjo de un motivo en este proceso. Fueron unos motivos los que me hicieron interrumpirme en la comunicación de mis pensamientos (sobre las costumbres de los turcos, etc.) y, además, me influyeron para excluir que devinieran concientes en mi interior los pensamientos a ello anudados, que habrían llevado hasta la noticia recibida en *Trafoi*. Por tanto, yo quise olvidar algo, había reprimido algo. Es verdad que yo quería olvidar otra cosa que el nombre del maestro de Orvieto; pero esto

⁴ [En las ediciones anteriores a 1924 se leía «ese delicado tema».]

⁵ [Una aldea del Tírol.]

condición, pues posiblemente se cumpla en la inmensa mayoría de los casos, dado que los requisitos que debe cumplir la asociación son mínimos. Otro problema, y de más profundo alcance, es saber si tal asociación extrínseca puede ser, en efecto, condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre que se busca, o sea, si no hace falta todavía un nexo más íntimo entre los dos temas. En un abordaje superficial, uno tendería a rechazar este último reclamo y a considerar suficiente la continuidad en el tiempo, a despecho de contenidos enteramente dispares. Pero en una indagación profundizada se descubre, para más y más casos, que los dos elementos enlazados por una asociación extrínseca (el reprimido y el nuevo) poseen por añadidura un nexo de contenido, cuya existencia se puede demostrar también en el ejemplo de «Signorelli». [Cf. pág. 21ⁿ.]

El valor de la intelección que hemos ganado con el análisis del ejemplo de «Signorelli» depende, claro está, de que queramos declarar típico este caso, o lo consideremos sólo un suceso aislado. Y bien, debo aseverar que el olvido de nombres con recordar fallido, tal como lo resolvimos en el caso de «Signorelli», es de frecuentísima ocurrencia. Casi todas las veces que pude observar en mí mismo este fenómeno, fui capaz de explicármelo también por represión, de la manera ya consignada. Tengo que aducir todavía otro punto de vista en favor de la naturaleza típica de nuestro análisis. Creo ilícito separar por principio el caso del olvido de nombres con recordar fallido de aquellos otros en que no acudieron nombres sustitutivos incorrectos. [Cf. pág. 20.] Es que estos últimos surgen de manera espontánea en cierto número de casos, pero en otros, en que no afloraron así, se puede hacerlos emerger concentrando la atención, y entonces muestran con el elemento reprimido y con el nombre buscado los mismos vínculos que en aquellos se rastrean. Para el devenir-conciente del nombre sustitutivo parecen decisivos dos factores: en primer lugar, el empeño de la atención y, en segundo, una condición intrínseca propia del material psíquico. Buscaría esta última en la mayor o menor facilidad con que se establezca entre ambos elementos la asociación extrínseca requerida. Así pues, buena parte de los casos de olvido de nombres *sin* recordar fallido se asimilan a los casos con formación de nombres sustitutivos para los que rige el mecanismo del ejemplo de «Signorelli». Es cla-

ro, no tendré la osadía de afirmar que todos los casos de olvido de nombres deban incluirse en ese mismo grupo. Los hay, sin duda, de proceso mucho más simple. Habremos expuesto la relación de cosas con la suficiente cautela⁹ si enumeramos: *Junto al olvido simple de nombres propios, se presenta también un olvido que está motivado por represión.*

⁹ [En la edición de 1901 se lee «correctamente» en lugar de «con la suficiente cautela». — Freud comenta de modo sucinto el ejemplo de «Signorelli» en una carta a Fliess escrita inmediatamente después de su regreso a Viena desde la costa dálmata, donde tuvo lugar el episodio (cf. mi «Introducción», *supra*, pág. 6).]